DOMINGO DE RAMOS. LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
9 de abril de 2016
Is 50, 4-7; Fil 2, 6-11; Mt 26, 14-27, 66

El mal parece campar por sus anchas en el mundo. Cada día nos llegan noticias nuevas sobre el sufrimiento de tantos y tantos hermanos nuestros en humanidad: atentados, sufrimiento de las víctimas del terrorismo, pateras llenas de personas que huyen y a veces convertidas en lugar de muerte, campos de refugiados llenos de necesidades y a menudo en condiciones mínimas, fronteras cerradas en los países más acomodados, bombardeos de hospitales muriendo médicos, enfermeras y enfermos, guerras y conflictos graves, persecución de cristianos y de miembros de otras religiones, políticas carentes de solidaridad y a veces injustas, bolsas de pobreza en nuestras ciudades grandes o pequeñas, niños soldado, violencia doméstica, niños que sufren lo indecible por las crisis de los padres, enfermos incurables, víctimas de la depresión, y un etc. muy largo.

Ante tanto sufrimiento nos surge la pregunta como el autor del libro bíblico de las Lamentaciones: *cuando se aplasta bajo los pies a los cautivos de la tierra, cuando se conculca el derecho de un hombre en presencia del Altísimo, cuando se defrauda a alguien en su pleito, ¿no lo ve el Señor?* (Lam 3, 34-36). Cuando las olas del mar depositan el cadáver de un niño en la arena de la playa, náufrago de una patera, *¿el Señor no lo ve?*

Sí, el Señor lo ve y, tal como dice todavía el libro de las Lamentaciones, *el Señor no abandona* (Lm 3, 31). La prueba de que el Señor ve todo el drama del mal en el mundo y que no abandona, es el relato de la pasión de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, que acabamos de escuchar. Dios envió al mundo a su Hijo amado (cf. Mt 3, 17) para que sea solidario de todo el sufrimiento humano a lo largo de la historia, para que sea solidario no sólo por medio de la compasión, sino sobre todo cargando a hombros todo el sufrimiento del mundo: *Él llevo nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño* (cf. 1 Pe, 2, 24; Is 52, 4). Jesús personifica la humanidad sufriente. Su pasión da sentido a los sufrimientos y a los dramas humanos. Les da sentido porque nos dice que, gracias a su victoria sobre el mal y sobre la muerte, él ha dado la vuelta a su alcance. Desde que él asumió la pasión, los sufrimientos humanos son un camino existencial de liberación, de salvación. Pero esto no quita la grave responsabilidad que recae sobre los ideólogos y los ejecutores de tanto mal, de tanto sufrimiento, de tantas injusticias. La solidaridad de Jesús con el sufrimiento humano ha comportado el don de su vida de una manera cruenta. En Getsemaní, tal como hemos oído, teme la muerte que le viene encima. *Mi alma está triste hasta la muerte*, decía. Y rezaba: *Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz*. Sabe que lleva solo el peso del mal del mundo y se le hace pesado asumir el dolor que ello le conlleva. Pero, no quiere hacer su voluntad. Por eso añadía a su oración: *Pero no se haga como yo quiero, sino quieres tú*. Y, con este espíritu de fidelidad confiada hacia al Padre, se entrega a la pasión, porque sabe que corresponde al designio divino de amor por la humanidad.

Busca el confort de sus amigos y no lo encuentra. Les había pedido que se quedaran cerca de él y que velaran junto con él, pero ellos dormían. Fueron incapaces de captar la densidad dramática del momento que vivía su Maestro, cuando experimentaba toda la debilidad humana. Los evangelistas no lo esconden para ofrecernos una prueba de cómo Jesucristo ha sido hecho en todo igual que nosotros menos en el pecado (cf. Heb 4, 15).

Partiendo de este pasaje de Getsemaní, Blaise Pascal, el filósofo y teólogo francés del s. XVI, escribe en uno de sus "Pensamientos" más famosos: "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no se debe dormir durante estos tiempos "(Pensamiento, 553). Parte del hecho de que la agonía de Getsemaní junto con los otros sufrimientos de la pasión y la muerte son vividos por Jesús en unión íntima con el sufrimiento de la humanidad a lo largo de la historia. También después de la resurrección, Jesús sigue estando al lado de las personas que sufren y sufre con ellas, sufre en ellas. Jesús agoniza donde hay quien se siente abrumado por el miedo, por la tristeza, por la angustia, donde hay quien se encuentra en una situación sin salida. Jesús agoniza en todo el que sufre, es torturado, es vilipendiado, es marginado, es perseguido, es asesinado. Jesús agoniza en los enfermos y los moribundos. Nuestro mundo está lleno de huertos de Getsemaní y de montañas del calvario; también nuestro Mediterráneo o las calles de nuestras ciudades y pueblos incluso nuestras familias o nuestros hogares. El drama es grande. Pero Jesús ha resucitado, y es una prenda real de la victoria sobre el mal y sobre la muerte; una victoria que será total al final de la historia, cuando el grito triunfal *oh muerte, ¿dónde es tu victoria*? (1Cor 15, 55) resonará por todo el mundo. Por ello el sufrimiento de la humanidad asumido por Jesucristo contribuye a la salvación del mundo.

En esta agonía de Jesús a lo largo de la historia, no podemos dormir y dejarlo solo como hicieron los discípulos. Hoy, al contemplar su agonía en Getsemaní, su pasión y su muerte nos sentimos movidos a compasión por él y le agradecemos que haya llevado el peso del mal del mundo sobre sus hombros. Pero no nos podemos quedar sólo con esto ante la magnitud de su agonía en tantos hombres y mujeres, niños o grandes, de nuestro mundo. No sólo no podemos dormir, es decir, permanecer pasivos, y, menos aún, insensibles. Debemos actuar para procurar detener el sufrimiento, para poner bálsamo en el dolor. Siempre que actuamos contra las fuerzas del mal, siempre que llevamos alegría y esperanza en situaciones dolorosas, siempre que hacemos gestos de paz y de convivencia, siempre que trabajamos por la justicia, siempre que somos portadores de compasión y secamos las lágrimas de los que lloran, siempre que trabajamos por la paz o tomamos opciones en defensa de los derechos humanos y de la dignidad de la persona, siempre que ofrecemos confort a quienes están solos, etc., etc. .... siempre que hacemos cosas como estas estamos contribuyendo a la obra salvadora del mundo y nos identificamos con Jesucristo, el Hijo del hombre *no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida* por la salvación de toda la humanidad (cf. canto de comunión; Mt 20, 28). Esta entrega es renovada en cada celebración de la eucaristía. Es renovada ahora en favor nuestro y de todo el mundo.